

Prólogo	9
I-. La linterna de Sísifo o el hombre loco en la caverna	11
PRIMER SEMICÍRCULO	13
1-. Un hombre loco	
2-. Un ciego y un bufón	
3-. Sísifo el loco	
4-. Sísifo el ciego	
5-. LA LINTERNA DE SÍSIFO...	
6-. Sísifo o cómo cegar la cordura	
SEMICÍRCULO SEGUNDO	45
7-. Friedrich, el extranjero loco	
8-. ...O EL HOMBRE LOCO EN LA CAVERNA	
9-. Muerte de Lisis y de Sísifo	
10-. Metamorfosis de las cavernas	
11-. El Becerro de Oro y sus máscaras	
12-. Helena o la vida	
LA ESTIRPE DE SÍSIFO	101
II-. Post scríptum	119
III-. Textos clásicos	127
1-. Platón: <i>La alegoría de la caverna</i>	
2-. Albert Camus: <i>El mito de Sísifo</i>	
3-. Friedrich Nietzsche: <i>El hombre loco</i>	
4-. José Saramago: <i>Las pequeñas memorias</i>	

Mucha locura es divina cordura
para una mirada sagaz.
Mucha cordura, la más rematada locura.
En esto, como en todo,
prevalece la mayoría.
Asiente, y te considerarán cuerdo.
Dísiente, y de inmediato serás peligroso
y atado con cadenas.

Emily Dickinson *

Por supuesto, un nuevo mundo se abría paso.
Una acción más poderosa había echado por tierra a los dioses;
el brillo de las cosas era ya el brillo exclusivo de las cosas,
una hoguera daba luz debido a su materia concreta,
lo divino ya no era un elemento que ilumina más aún,
era sencillamente otra cosa, ajena ya a la oposición claro/oscuro.
La electricidad, decía Lenz, había convertido en ridículas
ciertas intuiciones sobre lo divino.
No se puede confundir lo que infunde temor y respeto
con una electricidad potente.

Gonçalo M. Tavares

* Aunque no utilizo su traducción, la versión original de estos versos de Emily Dickinson (escritos en 1862) se puede encontrar en *Poemas*, edición bilingüe, p.155 [Cátedra; Madrid, 2002].

La segunda cita es de la novela *Aprender a rezar en la era de la técnica*, p.25 [Mondadori; Barcelona, 2012], publicada originalmente en 2007 por el portugués Gonçalo M. Tavares.

Prólogo

La linterna de Sísifo o el hombre loco en la caverna: bajo el paraguas de este título desde hace años llevo dándole vueltas —dirigiendo lo imaginado y volviéndolo a rumiar una y otra vez, pero sin llegar a poner nada por escrito hasta hace unos meses— a una intuición que, en mi opinión, podría resultar bastante fructífera para comprender el significado psicológico e histórico del pensamiento de Platón y de Nietzsche. Que esta fuera su utilidad se explica por el contexto en el que me tropecé con ella: la redacción de dos monografías tituladas *Platón o cómo se filosofa desde la caverna* y *Nietzsche o como se filosofa a martillazos*¹.

Tal intuición podría sintetizarse en esta cuestión: ¿qué ocurriría si en la alegórica caverna de Platón uno de los prisioneros a los que se desea liberar se resistiera con éxito, no a su liberación, sino simplemente a ser *liberado* en el sentido prescrito en la caverna? Ese personaje, en mi opinión, podría ser caracterizado a partir de la antropología nietzscheana y, antes que construirlo desde cero, siempre pensé que ya lo había encontrado, si no encaramado a la pendiente de una caverna, sí empujando su roca por la ladera de una montaña...

Se trataba, en suma, de introducir al mítico Sísifo en la caverna platónica y de aguardar a ver qué pasaba... Unos sucesos cuya observación, más que la pasividad del espectador, demandaban que alguien comenzara imaginándolos —labor que asumí personalmente, ofreciendo como resultado este escrito— y la complicidad de quienes estén dispuestos a recrearlos con su lectura: una activa cooperación en la que animo al lector a aplicar a mi propia alegoría el consejo de Albert Camus —«*Los mitos están hechos para que la imaginación los anime*» dejó escrito— que yo mismo he aplicado al leer, entre otros, su comentario del mito de Sísifo o la alegoría platónica de la caverna.

¹ De hecho, en su concepción inicial, tales monografías iban a constituir los dos grandes bloques de un único libro que respondería al título genérico de *Herramientas para construir mundos. Platón vs. Nietzsche: una historia (mínima) de la filosofía*. En este libro, el papel de *La linterna de Sísifo o el hombre loco en la caverna* —el presente relato, concebido en principio de dimensiones mucho más reducidas— sería el de un literario lugar de tránsito entre los dos citados ensayos que, por su densidad filosófica y su extensión, protagonizarían el libro. Un libro que, por otra parte, estaría acompañado por un CD de título *La caverna y el martillo. Herramientas didácticas*, plasmación material de la vocación docente que desde el comienzo, sin monopolizarla, me ha guiado en su elaboración.

Frente a esa primera concepción del proyecto como un único libro, la excesiva dimensión que han ido adquiriendo sus sucesivos bloques ha hecho aconsejable separarlos en tres volúmenes: los dos ensayos monográficos ya mencionados, *Platón o cómo se filosofa desde la caverna* —ya publicado (Low Cost Books; Valencia, 2012)— y *Nietzsche o como se filosofa a martillazos*; y entre ambos, como segundo volumen y por tanto puente literario que condujera del uno al otro, *La linterna de Sísifo o el hombre loco en la caverna*, la narración alegórica que aquí presento.

Respecto al ejercicio narrativo que constituye mi respuesta a la cuestión objeto de mis meditaciones comenzaré por precisar que, si tuviera que enmarcarlo en un género literario, creo que —habiendo superado la edad del *cuento* pero sin llegar a madurar como *novela*— podría caracterizarlo como *relato*: en concreto como un relato *alegórico*, siendo este calificativo el que deseo resaltar en virtud de ciertas consideraciones que, aunque el lector podrá apreciar por su cuenta, por mi parte comentaré en el *Post scriptum* que lo acompaña.

En cuanto al citado *Post scriptum* recomiendo al lector que, como su propio nombre aconseja, no lo lea hasta después del relato, pues hacerlo antes podría dirigir en exceso el sentido de su lectura: un libre ejercicio intelectual que no me gustaría predeterminar con mis comentarios. Por el contrario, si el lector no conoce los *Textos clásicos* que aparecen en el último apartado, sí le aconsejo leerlos previamente —al menos *La alegoría de la caverna* de Platón y *El mito de Sísifo* en la versión de Albert Camus— pues sin un mínimo conocimiento de ellos difícilmente podrá comprender el significado de la cuestión más arriba apuntada o mi respuesta a la misma, aunque ni la una ni la otra le vayan a exigir como lector una especial preparación filosófica.

Señalar finalmente que quiero agradecer su lectura a todo aquel que, tras pasar estas primeras páginas, se anime a proseguir con la siguientes, continuando así hasta que agote todas las páginas o hasta que las páginas —como también puede ocurrir— antes de pasarlas todas le agoten a él...

Un agradecimiento especial merecen algunos amigos —de *los pocos que conservo*, entre aquellos a los que he dedicado este libro— que, aunque solo haya sido por el deber que en ocasiones impone la amistad, se han visto obligados, en distintos momentos de la redacción de mi relato, a leerlo más o menos *completo* (según me han dicho...) aunque a más de uno las páginas le hayan agotado antes de concluirlo. A ellos les debe mi escrito bastantes mejoras que he introducido gracias a sus sugerencias, siéndome exclusivamente atribuibles a mí —como suele decirse— los muchos defectos que pueda conservar.

Aún así, pensándolo bien, también podría descargar en ellos parte de la culpa de estos defectos, pues una lectura más atenta por su parte quizás hubiera evitado algunos de ellos, ¿no? ¡En fin!, mis estimados amigos, *culpables* todos, han sido —confío en no olvidar a ninguno— Rosa Marco, Alejandro Gómez y Begoña Movellán; Francesc Bodí y Nativitat García; Luciana Blasco y Pablo Juan; Susana López, Raúl Aráez y Soledad García; Andrea Mora, Elena García y, en último lugar (lo cual no es casual), Javier y Pablo Tintor.

reafirmando en algo que había comenzado a sentir desde el primer momento en que, procedentes del exterior, habíamos entrado en la nave de la iglesia. La sensación de que estábamos reingresando de nuevo, si no en la caverna que habíamos abandonado, sí en otra muy distinta pero no menos sombría... Y aunque en esta otra *caverna* la luz no era tan escasa, aguardándonos afuera una intensa luminosidad de la que en un futuro próximo podríamos disfrutar, y siendo además en cierta medida voluntario nuestro ingreso en la nueva *caverna*, desde el principio percibí una creciente sensación de asfixia que culminó cuando, apagando las pocas *lucos* que iluminaban mi esperanza, escuché las palabras del prior y el tipo de *salvación* que nos ofrecía.

»El Dios del que nos había hablado, pura abstracción, me recordaba en exceso a la *idea de Bien* sobre la que tanto me habían hecho reflexionar —pues llegué a cursar el primer año de la última etapa del sistema educativo— en mis clases de Dialéctica; e incluso el carácter creador de la divinidad cristiana se asemejaba al del Demiurgo platónico, aunque a este no cabía atribuirle la omnipotencia de aquella divinidad, sorprendentemente capaz de crear desde la nada... El cristianismo, en suma, se me antojaba una versión simplificada del platonismo, popularizado de forma que fuera más digerible para las gentes, en su gran mayoría incapaces de comprender los vericuetos intelectuales de la doctrina socrático-platónica.

»Y para acabar de describir esta incómoda sensación que me embargaba, solo añadiré la última pregunta que, a partir de ella, me planteé: ¿se limitaría esta otra *caverna* al espacio limitado por las lindes del convento? ¿Es realmente así, Friedrich, solo oscurece sus límites o, por el contrario, la oscuridad que allí he percibido es capaz de cegar el sol que afuera ilumina la tierra toda?»

Estaba a punto de contestar a Héctor cuando Medea regresó con su hija del largo paseo que habían dado. Nada más llegar Euriclea se dirigió a Héctor para confirmarle que, cuando regresara al convento, de acuerdo con su madre había decidido acompañarle.

Al escucharla, y viendo que se había hecho relativamente tarde, Héctor me pidió que aplazara para un mejor momento mi respuesta, pues antes de partir deseaba estar un rato a solas con Andrómaca. A continuación, tomando su mano la ayudó a levantarse de la piedra donde estaba sentada y, sin soltarla, caminaron en dirección hacia el río.

Antes de que se alejaran les rogué, no obstante, que aguardaran un minuto, pues deseaba despedirme, dado que para mí, que no podría descansar durante las horas de luz, sí era realmente tarde. Me despedí, pues, de todos ellos, abrazando a Euriclea y deseándole suerte; y tras recibir una última sonrisa de Helena, eché a andar por el camino que bordeaba la ciudad desembocando en el bosque, ansioso de llegar al establo donde un mullido jergón de paja me aguardaba para que diera cumplimiento a mi sueño más inmediato, cuya simple aspiración no era otra que el descanso.

11. El Becerro de Oro y sus máscaras

Cuando me acosté —decía— confiaba en que, aunque fueran pocas, las escasas horas que durmiera al menos me resultaran reparadoras: me sentía física y mentalmen-

te agotado y necesitaba descansar para afrontar urgentemente la redacción del resto del relato, pues intuía que mis días en aquella ciudad estaban a punto de llegar a su fin.

El sueño de aquella noche fue, sin embargo, cualquier cosa menos reparador. Ya antes de dormirme estuve rumiando las preguntas que Héctor, al final de su relato, me había formulado. Sus preguntas planteaban, con otras palabras, hasta qué punto las invenciones que los humanos realizamos para dar sentido a nuestra existencia, incluidas las de nuestros dioses —en lo fundamental destinados a iluminar su final y, sobre todo, un hipotético *más allá* del existir humano—, pueden llegar a restarle sentido, a oscurecer el *más acá* cuya iluminación el insólito animal que somos no puede delegarla sin más en la luz solar.

Después, cuando me dormí, más que una pesadilla tuve un extraño sueño que al despertar y recordarlo, algo ya para mí inusual, me produjo un profundo desasosiego. El sueño se desarrollaba en la plaza mayor de la ciudad, lugar que por lo que en ella me había acaecido en los últimos meses me resultaba, a pesar de transcurrir en pleno mediodía, bastante lúgubre... Inicialmente la plaza estaba completamente vacía, pero enseguida comenzaron a aparecer los mercaderes y usureros cuyos negocios se hallaban en los bajos de los soportales que circundaban casi por completo su perímetro. Cuando estuvieron reunidos, se dirigieron hacia el centro de la plaza donde, bajo un gran manto, se escondía una estatua de naturaleza por el momento indescifrable.

Una vez que aquellos rodearon el ignoto monumento, de los edificios cuya destacada presencia en los dos extremos de la plaza era indicativa de su autoridad, salieron a su vez dos filas de personajes vestidos con los elegantes atuendos que simbolizaban el poder que ostentaban. Del palacio del Concejo emergieron los doce representantes de otros tantos municipios que, presididos (y precedidos...) por el de la ciudad, constituían la mancomunidad política bajo la que se agrupaban todos los pobladores de aquellas tierras. Unos pobladores que, en última instancia, eran siervos de un ducado cuyo origen se remontaba siglos atrás.

A su vez, de la basílica que presidía el norte de la plaza, precedidos por su arcipreste salieron los cinco sacerdotes de las diferentes parroquias de la ciudad, cerrando la hilera, muy ufano, el enjuto prior del convento.

Los representantes de las dos *ciudades*, la terrestre y la celeste, a pesar del sol abrasador de aquel mediodía caminaron con parsimonia desde el sur y desde el norte en dirección al círculo que habían configurado los comerciantes y usureros en torno a la estatua. Al llegar hasta ellos, cuando esperaba que el círculo se abriera para dar paso al doble poder terrenal y celeste que hacia él avanzaba, aquel permaneció cerrado y los recién llegados formaron un segundo círculo tras el primero, arrodillándose uno tras otro al ocupar el lugar que les había correspondido.

De inmediato, sabedores de quienes tenían de rodillas a sus espaldas, los usureros y mercaderes, cuyo número coincidía con los integrantes del segundo círculo, se giraron e inesperadamente comenzaron a intercambiar sus más humildes atuendos por las más lujosas vestimentas de los representantes del Concejo y de la Iglesia. Al finalizar, uno de los usureros —aquel cuyo rostro rubicundo se grabó con mayor firmeza en mi memo-

ria—, tras completar el intercambio de sus ropas con el arcipreste, se dirigió solemnemente hacia la estatua y, tirando del manto que la cubría, desveló que no era sino una enorme talla del Becerro de Oro lo que ocultaba.

En ese momento, apenas unos instantes después de descubrirlo, el oro del Becerro comenzó a ganar en luminosidad a la par que, aun siendo poco más del mediodía, una creciente oscuridad se adueñó de la plaza. En efecto, la luz solar se fue eclipsando absorbida por el aurífero Becerro y solo el inmenso resplandor que de este emanaba rompía la oscuridad en la que había quedado sumida la plaza pública... y quizás —pensé— la tierra entera.

Tumbado en el jergón recordé el sueño arriba transcrito y, tras levantarme, mientras me ocupaba de atender a los animales, pues Asklepios nunca lo hacía si yo aún descansaba en el establo, comencé a divagar buscándole significado a lo soñado.

¿Se limita esa *otra caverna* que simboliza el convento a oscurecer sus propias lindes o, por el contrario, su oscuridad puede cegar el sol que ilumina toda la tierra? El motivo de recordar una vez más, mientras ordeñaba las cabras, la perspicaz pregunta formulada por Héctor era evidente. Aunque no soy de quienes le da excesivo valor a lo soñado, en este caso su relación era palmaria. ¿Pueden los dioses, en el humano afán de iluminar con ellos el *más allá*, oscurecer el *más acá*? Mi sueño constituía, en términos alegóricos, una patente afirmación de que así podían (o más bien *podíamos*...) hacerlo.

Sin embargo, algo extraño había en él... Consistía en que en el sueño no fuera el Dios cristiano —quien *iluminaba* nuestra oscura existencia según el prior del convento: la nueva *caverna* de Héctor— el que absorbiera la luz solar cegándolo todo, sino que lo fuera el Becerro de Oro, una antiquísima divinidad de cuya adoración ya tenemos constancia en el Antiguo Testamento. ¿Tenía esto alguna explicación? Pensé entonces en el misterio de la Santísima Trinidad, el cual —bajo una consideración muy distinta a su versión cristiana— también parecía tener una clara presencia en lo soñado.

En mi sueño, a las dos *divinidades* o poderes más palpables, el político y el eclesiástico, se sumaba un tercero que completaba mi singular versión de la Trinidad. Este tercer poder, el material o económico, relativamente marginal hasta entonces en el devenir histórico, en el sueño era curiosamente el preponderante: los descendientes de Aarón desnudaban de sus pompas y ornatos a los otros dos poderes, imponiendo además su dorado Becerro como único Dios. Tres poderes, tres *personificaciones* distintas de un único dios verdadero: el oro, el dinero... idolatrado sin disimulo alguno por usureros y mercaderes; pero que en el fondo era el mismo dios, bajo distinta apariencia, ante el que se postraban y claudicaban tanto los sacerdotes del Dios por antonomasia como los mandatarios del César.

¿Llegará un día —me pregunté finalmente— en el que, quitándose todos los ropajes que a lo largo de la historia lo han enmascarado, el Becerro de Oro se corone como único y excluyente Dios al que todos los humanos le rindan fervorosa veneración y obediencia? Y si llega ese día —si es que aún no ha llegado— en el que el oro todo lo ilumine, en el que el Becerro a todo le otorgue su falaz sentido, ¿podremos los seres

humanos inventar otros artificios, otras *linternas* que, en la plenitud de ese falso mediodía, sean capaces de alumbrar caminos distintos al que transite la muchedumbre de devotos del Becerro?

Una vez finalizadas mis labores en el establo, a la par que di por zanjadas mis divagaciones onírico-teológicas, tras un rápido desayuno me dispuse a retomar la tarea, cada vez más autobiográfica que biográfica, que en virtud de mi compromiso con Sísifo me había impuesto. Una tarea que precisamente debía reiniciar remontándome a la funesta tarde en la que mi fortuito encuentro con Lisis y con él supuso el final, diferido en el caso de Sísifo, de la vida de ambos.

Estando solo en la cabaña, y para aprovechar al máximo la luz diurna, en esta ocasión trasladé al porche el taburete y la mesilla sobre la que deposité mis útiles de escritura. A pesar de que el descanso nocturno había sido insuficiente, cuando me dispuse a escribir lo hice con un vigor y una furia que me permitió —parando solo el tiempo que dediqué a comer— redactar casi dieciocho pliegos de papel, abandonando mi relato en la tarde que, con posterioridad a la muerte de Sísifo, me encontré con sus antiguos compañeros exilados de la caverna, acompañándoles durante la siguiente madrugada hasta el convento donde solicitaron asilo.

Cuando estaba anocheciendo y ya concluida mi labor de amanuense apareció por la cabaña Asklepios, quien —según me contó— había pasado el día resolviendo unos asuntos en una pequeña aldea cercana a la ciudad hasta la que se había desplazado a pie.

— Antes de que se me olvide —me dijo nada más llegar— toma el tintero que ayer me encargaste, cuya tinta debe ser de un color semejante a la que te llevé por primera vez a la gruta en vida de Sísifo. Por cierto, hablando de la gruta, ¿vas a acercarte esta noche a visitar a las mujeres? —me preguntó, recibiendo mi afirmativa respuesta—. De ser así, mientras yo me aseo un poco, recoge tú los alimentos que quieras llevarles y, si te parece bien, espérame pues me gustaría acompañarte y conocerlas.

12-. Helena o la vida

Desde lejos, antes de llegar a la gruta, ya vimos a las tres mujeres sentadas en torno a la hoguera que ardía a su entrada. Una vez con ellas, después de presentarles a Asklepios, nos contaron que aún dentro del habitáculo, pues solían despertarse mucho antes del anochecer, acababan de apurar los pocos víveres que les quedaban. Y después, cuando por fin oscureció, intentaron dar un paseo que, a pesar de la buena predisposición de Helena, pronto tuvieron que suspender porque se lo dificultaba su avanzado embarazo.

Tras entregarles los alimentos que les llevamos, recibidos con gratitud por las tres, ayudé a Medea a descargarlos dentro de la gruta, hecho que aproveché para preguntarle por el estado de las embarazadas.

— Las dos están físicamente bien —me contestó—. Pero la alegría de Andrómaca, especialmente manifiesta desde la visita de Héctor, contrasta con el abatimiento de